

Lo que más me chocó fué la animación con que habló con la condesa y el destello de alegría que iluminó su mirada al ver á esta y me dije que una joven que profesaba de tal manera la amistad debía sentir de una manera poderosa el amor y que su corazón encerraba tesoros de cariño y ardores contenidos pero dispuestos á manifestarse al presentarse ocasión.

Lo que me fué dable adivinar, al observar un rasgo de su carácter descontentadizo, me embelesó en vez de hacerme meditar y me dije que todas las jóvenes que en tiempos me presentara la señora de F... eran, según ésta, modelos de candor y de virtud, ángeles que, por equivocación, vivían en la tierra. Este contacto continuo con tanta y tanta virtud llevome en ocasiones á pedir que se presentase alguna joven que tuviese algún defecto físico ó moral, y hasta puedo asegurar que había deseado algún vicio ó defecto que no fuera muy desagradable lo cual bastara para arrancarme de mi indiferentismo, más nunca lo gré que se me complaciese en esta parte, pues la señora de F... empeñábase en poner en las nubes á todas sus protegidas dotándolas hasta de alas, por lo que no me quedó más remedio que resignarme. Esto contribuyó muchísimo á que me quedase muy satisfecho por haber encontrado yo personalmente, tan anhelada imperfección en una joven casadera.

Al cabo y á eso de las cinco de la madrugada pude quedarme dormido diciéndome en mi fuero interno que á no haber hecho juramento de permanecer soltero toda la vida, la señorita Paula Giraud me habría convenido por más de un concepto.

Al día siguiente, y en los sucesivos, me acordé mucho de mi preciosa vecina y confiando en que podría volverla á ver estuve varias veces en los Campos Elíseos, mas no logré mi propósito.

A la vez que esto ocurría sucedía que, poco á poco, y como si no me diese cuenta de ello, ibanse desvaneciendo

mis ideas de condenarme á un celibato perpetuo y me repetía que, en realidad, no tenía motivo alguno para odiar el matrimonio y hasta fui hallando pretextos mil para decirme que la vida de soltero era verdaderamente insoporable; la planchadora no se esmeraba lo suficiente con mi ropa, mis criados me servían mal y mis comidas no eran todo lo apetitosas que tenía derecho á esperar y además me robaban, en una palabra, que me convencí de que era indispensable que una mujer gobernase mi casa.

Al mismo tiempo hacíame cada día más triste y pesada mi soledad y comprendí que había llegado el momento en que debía crearme un hogar y una familia.

Después de pasar una semana entre luchas y vacilaciones resolví, al fin, dar el paso que parecían indicarme las circunstancias: fuime un día á la calle de Caumartin á visitar á la condesa de Blangy.

IV

Hallé á la señora de Blangy sola en su salón. Sucedió esto á eso de las tres de la tarde, que fué la hora en que la anunciaron mi visita.

Al verme entrar, exclamó:

—¡Creía que os habíais muerto!

—Todavía no, condesa, pero ¿en que se funda semejante creencia?

—En que como hacía tanto tiempo que no os veía se me figuró que era posible hubiese sucedido eso.

—Pues yo me figuraba, señora, que estaríais veraneando y no podía tener la esperanza de...

—Y si me crelais ausente,—me dijo interrumpiéndome —¿qué motivo hay para figuraros que regresé?

—Que tuve el placer de veros hace unos días en los Campos Elíseos.

—¡En los Campos Elíseos! Es cierto, estuve allí la pasada semana y como entonces se explica el que no me saludáseis?

—Era anochecido y no habíais podido verme.

—Es muy posible porque soy muy corta de vista.

—Esto aparte de que os hallábais en compañía de una familia á la que no tengo el honor de conocer.

—¡Ah! Ahora recuerdo... sí, es cierto, estuve allí con los señores Giraud. Somos muy amigos.

—Así lo creí al observar la gran impaciencia con que os esperaban, sobre todo aquella joven tan hermosa que estaba hacia rato muy impaciente por que tardabais bastante.

Echó mano la condesa á su impertinente, y mirándome á través de sus cristales, replicó:

—Paula Giraud es mi mejor amiga.

—Envidió esa amistad que os honra mucho, porque la señorita Giraud es verdaderamente muy linda.

—¿No es verdad que lo és y mucho?—dijo con mucha viveza la condesa como si la agradase el oír ponderar á su amiga.

Calmóse de pronto, sin embargo, y me preguntó:—Pero ¿es que os agradan ahora las morenas?

—Siempre gocé, condesa, contemplando lo que en realidad puede decirse que es bello.

—Conformes, más, si mi memoria no me es infiel, recuerdo que durante el invierno pasado érais partidario de las rubias y así lo demostrásteis.

—¡Que queréis! Las rubias no quieren hacer caso de mis demostraciones.

—Puede que hayan hecho mal, y fuisteis más afortunado con las morenas?

—Tuve la fortuna de hallar una que me encantó, más esa no me conoce.

—Quien sabe si con eso habréis adelantado más camino—díjome la condesa de Blangy con su acostumbrada impertinencia y á continuación añadió:—Y esa morena ¿es la señorita Paula Giraud?

—¡Señoral

—Vamos, no hagáis el inocente y no tratéis de ocultar-me vuestro juego ¿acáso no adiviné cual era el objeto de vuestra visita? Pasáis más de seis meses sin dar señales de vida y sin dignaros siguiera dejar una tarjeta á mi portero y de improviso caéis en mi salón como un bólido y enseguida, á las primeras de cambio, pronunciáis el nombre de mi amiga deshaciéndoos en elogios de ella; ¿Os creéis que soy una niña inocente? Convenid en que desde el primer momento os impresionó mucho la belleza de Paula y que, como estáis dominado por la monomanía matrimonial, venis á mí para que os dé informes acerca de mi amiga la señorita Giraud, ¿es ó no exacto?

—Esa es la verdad, condesa.

—Vamos, es preciso confesar que, al menos, sois franco. Está bién, hablemos. Paula acaba de cumplir veintidós años; es linda, tiene talento, pero al mismo tiempo es muy amiga de hacer su voluntad. Os lo digo porque pudisteis apercibiros de ello antes de que yo os lo asegurae. Por último, sus padres no pueden dotarla ni poco ni mucho.

—Detalle es ese que para mi no tiene importancia alguna.

—Confieso que me sorprendéis.

—Trabajé sin tregua ni descanso hasta hoy solo para poderme casar con una mujer que sea de mi agrado,—proseguí sin hacer ningún caso de la interrupción,—así que jamás conté con su fortuna. Por eso no deseo ocuparme más que de sus condiciones y de la respetabilidad de su familia.

—Por lo que hace á Paula tiene, á mi entender, muchas

y muy buenas cualidades,—díjome la señora de Blangy con sonrisa casi burlona,—y no obstante bien pudiera suceder que su marido no supiese apreciarlas.

—¿Porqué, señora?

—Los hombres son muy raros. Pero continuemos: la honradez de la familia Giraud es indiscutible. La señora Giraud es una mujer excelente, benévola, indulgente, incapáz de creer en el mal, y de una condescendencia exagerada con su hija. El señor Giraud, jefe de negociado en la administración de una empresa importante, sale de su casa á las nueve de la mañana, vuelve á las seis para comer, y pasa las veladas en el círculo, cuando no tiene obligación de volver á la oficina. A fin de mes, lleva á su casa el sueldo, del que se reserva una pequeña parte para sus gastos particulares y no se ocupa de nada más. Es un hombre honrado, pero tan corto de alcances que no ve más alta de sus narices.

—¿Pero deja de ver algo?—le pregunté.

—No digo eso: empleé una frase vulgar y muy usada, que pinta gráficamente el carácter del señor Giraud. ¿Tenéis bastantes noticias ó necesitáis más pormenores? Preguntad sin reparo, pues dispuesta estoy á ser condescendiente, por que el tiempo anuncia agua y no me molestan los nervios; creo en la amistad y tal vez os haría un buen servicio aconsejándoos; voy, pues, á darle un consejo.

—Que acepto con mucho gusto.

—Volved cuanto antes á casa de la señora de F... en la que os encontré el año pasado, y decidla: «Señora; debéis tener otra hornada de muchachas casaderas, ¿seréis tan buena que me las presentéis? Os prometo decidirme esta vez.»

—En otros términos, condesa,—observé,—me aconsejáis que no piense en la señorita Paula Giraud.

—Os aconsejo únicamente, que volváis á la casa de la señora de F...

—Porque la señorita Giraud no forma parte de la hornada.

—Lo que queráis. Ya he dado el consejo ¿lo seguiréis?

—Desearía saber antes, si este consejo es desinteresado.

—¿Que queréis decir, caballero?—preguntó con alguna viveza la condesa.

—Por Dios, condesa, el sentimiento que supongo os inspira es muy natural. Cuando se tiene una amiga íntima, siempre disgusta ver que casa, ya no pertenece tanto como antes á la amistad y amenudo se pierde la influencia que se tenía sobre ella, y escapa el corazón que puede llegar hasta el olvido.

—¡Oh! no dudo de Paula, que continuará queriéndome.

—Y tendrá razón, señora,—reliqué—y eso es una prueba en su favor.

—Entonces,—continuó Berta de Blangy—todo lo que vengo diciendo desde hace una hora, lejos de hacerlos renunciar á vuestros propósitos, os ratifica más en ellos?

—Yo creo que...—balbuceé.

—Soy una buena mujer y contra mis costumbres os doy un excelente consejo y en vez de seguirlo, tratáis de averiguar los motivos más ó menos interesados lo dictan.

—Pero...

—Me pusisteis nerviosa, señor mío: justo es que me desahogue. Desde luego me permitiréis que os observe, pues, gracias á mi miopía, me parece que no os conozco. Hace tiempo me hicisteis la corte, pero os confesaré que si no acepté esas galanterías fué porque había tomado una resolución; lo cual no debe molestar vuestro amor propio. Hoy se trata de la felicidad de mi mejor amiga y no tengo el derecho de mostrarme indiferente.

Y, sin aguardar ni pedirme mi consentimiento, la condesa calóse los lentes, se aproximó á mi y me inspeccionó.

—Los rayos son finos, distinguidos,—dijo al cabo de un instante—sois lo que se ha convenido en llamar, un buen mozo.

Y, al irme á inclinar para darle las gracias, continuó en estos términos:

—Después de haber hecho justicia á las perfecciones físicas, debo añadir que sois de esos hombres venidos al mundo para ser amados tranquilamente, con cordura, por una buena muchacha, pero que deben renunciar á inspirar una verdadera pasión. Las mujeres no se enamoran violentamente más que de hombres de una fealdad extraordinaria ó de una belleza acentuada y enérgica. Mira-beau ó Dantón: he ahí los tipos de esa belleza. No os parecéis ni al uno ni al otro, y no debéis por tanto pretender más que afecciones tranquilas. Bajo este punto de vista, sois el marido que conviene á mi amiga Paula.

—¿Cómo entendéis eso?—la pregunté.

—Lo entiendo á mi manera. Entendedlo como mejor os cuadre.

—Queréis decir, sin duda,—insistí—que entre marido y mujer no es preciso amarse locamente.

—No quiero decir nada. Continuemos el examen; ahora se trata de lo moral. ¿Me prometéis responderme con franqueza? Tened presente que se trata de vuestro porvenir y del de mi amiga.

—Prometo decir la verdad, y nada más que la verdad.

—¿Fuisteis buen estudiante?

—Excelente: siempre he ganado los premios en mi clase.

—Formaríais parte de esos que se llaman aplicados.

—Sí, señora, lo confieso.

—Y terminadas las clases, habréis llevado en París la vida del soltero.

—No he tenido tiempo, señora: enseguida entré en la Escuela politécnica.

—Muy bien, pero cuando salisteis...

—Ingresé enseguida en la Escuela de puentes y caminos.

—Mejor, que mejor. ¿Y después?

—Estuve dos años en provincias, construyendo un túnel.

—Perfectamente: ¿y construido el túnel...?

—Marché á Egipto en donde he vivido diez años ocupado en abrir canales y trazar caminos de hierro.

—Entonces, vuestra existencia ¿fué la de un anacoreta?

—Casi, casi.

—No os ruboricéis. Los anacoretas tienen mucho mérito.

La sonrisa burlona, que desde hacía un instante se dibujaba en los labios de la condesa, desapareció; púsose seria y me dijo:

—Del exámen de conciencia que os hice hacer, amigo mío, y al cual os prestásteis gustoso, se desprenden las conclusiones siguientes, como dice mi abogado: Sois un buen hombre, una persona honrada que merece ser dichosa. Insisto en mi consejo y esta vez me lo dicta el corazón.

Os aconsejo que volváis á casa de la señora F... para contarla nuestra conversación, y casaros lo antes posible con la menos gruesa de sus protegidas. Si, á pesar de todo no queréis escucharme y persistís en el proyecto que os traje á esta casa, entonces me lavaré las manos, y es probable que aconsejaré á Paula que se case de todos modos, teniendo ella necesidad de casarse más tarde ó más temprano, nadie mejor que vos puede ser su esposo. Sobre este asunto, he dicho lo que tenía que decir. Hasta la vista, y buena suerte; vuestro destino está en vuestras manos.

V

Esta fué mi conversación con la condesa de Blangy. He intentado explicar todos los matices y referir todos sus detalles.

Desgraciadamente no me chocaron como más tarde. No concedí á estos consejos, dados en un momento de mansedumbre, que debía agradecer, toda la verdadera importancia que tenían, persistí en creerlos interesados, suponiendo que la condesa, celosa del afecto de la señorita Giraud, quería, por egoísmo, retardar todo lo posible el casamiento de su amiga.

Yo hubiera renunciado, sin embargo mi duda á mis proyectos y olvidado á mi linda vecina de los Campos Elíseos, si la casualidad no se hubiese complacido en ponérmela de nuevo en mi camino.

Una semana después de mi visita á casa de la señora de Blangy, ví á la señorita Giraud en un palco de la Opera, en compañía de su madre y de un señor de unos cincuenta años, á quien reconocí como á un antiguo amigo de mi familia.

La incomparable hermosura de la amiga de la condesa se me presentó aquella vez bajo un aspecto distinto. Las luces daban á su tez una tersura maravillosa, sus grandes ojos negros centelleaban; á través de sus labios purpúreos aparecían sus dientes de una blancura incomparable y su corpiño medio descotado dejaba entrever un pecho y unos hombros maravillosos. Situado junto á la orquesta y como mecido por la música de *Lucía*, no cesaba de admirar todas sus perfecciones.

Aquella noche se decidió mi suerte.

Dicho sea entre nosotros, querido amigo, merecía yo en parte ese epíteto de anacoreta con que me había honrado la señora de Blangy. Mi vida, siempre en actividad desde los diez y nueve á los veinticinco años, me alejó continuamente de los placeres parisienses y en Egipto las aventuras é intrigas amorosas son muy raras.

Tenía deseos de libar ciertas copas, de vivir después de haber vegetado, de sentir emociones violentas, y la señorita Giraud me parecía la única para procurármelas.

En fin, ya lo habréis comprendido, era yo, y soy quizá aún, lo que se llama un cándido. No se obtienen impunemente dos premios en grandes concursos, el premio de honor en retórica y el tercer lugar en la Escuela politécnica.

Tales éxitos, debía pagarlos tarde ó temprano. Las cualidades intelectuales demasiado ejercitadas, atrofian muchas veces la imaginación, esta es necesaria para afrontar ciertas desgracias y para ver los peligros. En una palabra, sed todo lo honrado que queráis, pero estad al corriente de todos los defectos humanos á fin de tenerlos siempre presente y desconfiar de ellos.

Tened físicamente el respeto de la propia personalidad mas no temais que vuestra imaginación pueda extraviarse cuando trate de juzgar á los demás. No había reflexionado lo bastante acerca de tan excelentes preceptos, y la señora de Blangy adivinó lo que era en realidad, cuando dándome permiso para retirarme me dijo:

«Después de todo, sois el marido que conviene á Paula.»

Ya os dije que un antiguo amigo de mi familia acompañaba á las señoras Giraud el día que las encontré en la Opera.

Me apresuré á irle á buscar en el salón de descanso durante un entreacto, y comencé á hablarle de aquello que ejercía ya gran imperio sobre mí.

Fuí á parar á mal sitio, porque mi amigo no dejó de elogiar á la señorita Paula, á la que habla visto nacer y desarrollarse. Era, según decía, encantadora, adorable; tenía todas las perfecciones; dichoso aquel que se casara con ella: era una mujer completa.

El señor de Arnoux, tal era el nombre del entusiasta, creía de buena fe, estoy persuadido de ello, todo lo que me decía. Era, además, eco de toda la opinión pública. Gracias á nuestras costumbres se está obligado á juzgar á las jóvenes por las apariencias, y ordinariamente estas son favorables. Una sola persona, y aún, puede ilustrar acerca de ese punto, y esa persona es la amiga íntima. Yo había tenido la suerte de conocer á la de la señorita Giraud; que se prestó á darme excelentes consejos que yo no seguí. Merecía mi suerte.

El señor de Arnoux no tardó en apercibirse de la atención con que yo escuchaba sus informes, y adivinando la causa, me interrogó sobre los proyectos de lo porvenir, y como por mí tenía tanto interés como por la señorita Paula, me propuso presentarme á la familia. Cometí la imprudencia de aceptar.—«Quiero juzgar por mi mismo:—dije—quiero saber quien tiene razón, si el señor de Arnoux, que es un hombre respetable, casi anciano, ó la señora de Blangy una mujer ligera de cascos. Si en la señorita Giraud descubro defectos peligrosos para mi reposo, siempre será tiempo de renunciar á mis proyectos.»

Este razonamiento es de los más absurdos: el hombre enamorado, como yo comenzaba á estarlo, no ve ningún defecto; si, lo que es imposible, saltan á sus ojos, los disimula, los atenua y si no tiene medios para disimularlos, los convierte... en virtudes.

A los tres días de mi encuentro en la Opera, me presente en la habitación ocupada por la familia Giraud, en la misma calle que la de la señora de Blangy.

Pasaré en silencio los detalles de esta primera visita y de las que siguieron. El señor Giraud me acogió desde los

primeros días con gran cordialidad. Sus modales francos y abiertos, parecían decir:—Antes de recibirlos en mi casa, he pedido informes y son excelentes. Me alegro de que penséis en mi hija; procurad agradarla, y yo daré á vuestro enlace mi más solícito consentimiento. La señora Giraud, se mostró desde luego más reservada. Puede ser que no participase de las esperanzas que su marido fundaba en mí, ó tal vez, sufriendo siempre los defectos de carácter de Paula, temería que me produjeran mala impresión.

Más tarde, sin embargo, cuando vió que yo me prendaba cada día más de su hija, y que sus defectos no parecían molestarme, rompióse el hielo y la pobre señora me tomó verdadero cariño.

En cuanto á Paula, nunca podré acusarla de haberse mostrado coqueta conmigo, ni de impulsarme al matrimonio con zalamerías. Me mostró desde el principio una indiferencia que no abandonó todo el tiempo que la hice la corte.

Pero, sin pasar por muy inocente, podía yo equivocarme acerca de la naturaleza de sentimientos que inspiraba. Lo que se ha dado en llamar frialdad en las jóvenes no es, con frecuencia, más que reserva y timidez. Muchos se alegran de esta frialdad y aún los menos infatuados con su persona se prometen á sí propios representar con sus futuras, el día que se casen, el papel de Pigmaleon con Galatea. Tal papel debía de ser seductor con la persona que intenté describirlos, y todo parecía indicar que bastaría un soplo para animar tan admirable estatua.

Para terminar, á las seis semanas de mi presentación á la familia Giraud, el señor de Arnoux se encargó de pedir oficialmente para mí la mano de la señorita Paula.

Su padre no pudo ocultar su alegría, y su madre me besó llorando, y, consultada la hija, respondió que haría lo que su familia quisiese.

En cuanto á la señora de Blangy, á la que viera casi to-

dos los días en casa de los señores Giraud, pero que jamás había aludido á nuestra larga entrevista, aprovechó de un momento en que nos dejaron solos la noche de la petición matrimonial, para decirme:

—¡Decididamente, querido, sois un imbécil!

Lejos de incomodarme por tan impertinente salida, echeme á reír porque traduje así las palabras de la condesa:—Me irrita que os caseis con mi amiga; os la llevais, y ya no sabré que hacer de mi tiempo, y de mi cariño.

Aceptado oficialmente, faltaba solo dejar pasar los días necesarios para cumplir las formalidades legales.

Os daré estrecha cuenta, querido amigo, de la situación en que me encuentro. No pretendo que sea muy triste, ni que os enternezcais con mi suerte; pero, historiador fiel, debo comunicaros hasta los más pequeños detalles de mis tribulaciones.

Los últimos días que preceden al casamiento producen en el sistema nervioso una verdadera sobreexcitación. ¡Hay tantas pequeñeces; tiene uno que ocuparse de tantas cosas!

Un amigo os despierta para dirigiros un cumplido... de pésame; una antigua querida os envía cuatro páginas de epigramas fingiendo que confunde vuestro casamiento con vuestro funeral y manifiesta que se propone, por más que no la hayan invitado, asistir á tan triste ceremonia. Los bazares más en boga os mandan sus prospectos para que les encarguéis la canastilla de boda y un vendedor de chales de Cachemira se presenta en vuestro domicilio para ofreceros sus exóticos productos. Las vendedoras del mercado os envían un ramo y el director de una agencia de nodrizas, sí, amigo mío, de una agencia de nodrizas, no se descuida y á su vez os escribe pidiéndoos que le tengáis presente para cuando llegue el momento oportuno.

Hay que darle prisa al tapicero, que no ha mandado aún los muebles de la cámara nupcial; hacer las indispensables visitas, encargar que lleven el imprescindible y dia-

rio ramo y los obligados carruajes; ir á casa del sastre, á la alcaldía, rogar al párroco que se digne decir la misa y pedirle que dirija la oportuna plática, para que la gente sepa que se goza de cierta consideración entre el clero de la parroquia. En fin, someterse á confesarse, que es, os lo aseguro, grave negocio, cuando no se tiene la costumbre de hacerlo y, por último, cuando se está verdaderamente enamorado de la que ha de ser su mujer, y ve acercarse el día deseado, la sangre circula con más rapidez, el corazón late más deprisa, y hasta á veces, le acomete á uno ligero escalofrío de fiebre; y el gran día, el de la ceremonia, no es tampoco el que os devuelve la calma y el descanso. Generalmente se duerme mal la víspera, porque se ha de pensar en un sin fin de cosas; hay que levantarse al amanecer; ocuparse de mil detalles más ó menos nimios; y exasperarse pensando que se pone uno de punta en blanco, á la hora en que aún reposa el París elegante. Se dicen pestes del cochero que tarda; se va luego precipitadamente á visitar á la suegra, que se figura debe aparentar que se enternece, mientras su marido os abraza y os dice:

—¡Hacedla feliz!

Llegáis á la iglesia, en la que los convidados os esperan con impaciencia desde hace una hora; os cruzáis con un entierro que abandona la nave, y luego, delante del altar, os ocurren varias peripecias y cometéis varias torpezas. Se sienta uno cuando debía levantarse y viceversa; se responde al cura un *si* por un *no*; dejais caer al suelo el anillo nupcial, y, el amigo que sostiene las arras, os envía mentalmente al demonio. Acabada la misa, trescientas personas se precipitan á la sacristía, en donde el clero parroquial—doce en junto—apenas si puede moverse en tiempo ordinario. Os aprietan, os estrujan; la sangre se os sube á la cabeza, os asfixiais, y sentís perder la hermosa ocasión en que os hubiera convenido hacer ver que sois un buen mozo. En fin, salís de aquel infierno en miniatura, para

ser asaltado por una turba de mendigos que os venden sus bendiciones á cincuenta céntimos la pieza.

La jornada termina con alguna fiesta de familia, de la cual es imposible prescindir, á menos de tener bastante talento para robar á su mujer, al salir de la iglesia. Solo que estos raptos, tan de moda en estos últimos tiempos, no siempre son hacenderos y pueden oponerse á ello mil razones. Pasais la velada en medio de una familia desconocida, venida de los cuatro puntos cardinales de París y quizás de Francia, solamente para honraros. Hay que sonreír á uno, aguantar las andanadas de cumplimientos de todos, estrechar todas las manos, y besar hasta las caras más llenas de arrugas.

Pertenece uno á todo el mundo, menos á su mujer. Por fortuna, suena el toque de retirada; se olvidan todas las tribulaciones, los enojos pasados, la fatiga que os postra, porque la dicha os espera en vuestro nuevo hogar; corréis, llegáis ante la cámara nupcial y... ¡ay de mí! la puerta está cerrada...

VI

—¡Y bien!—me diréis—al final de un día tan aprovechado, no puedo compadeceros porque os brindan con el descanso. Sois joven, lo es vuestra mujer; estais casados para toda la vida, y ya tendréis ocasión para desquitáros de esta noche. Idos, pues, sin más recriminaciones, á dormir por vuestro lado, esto es lo mejor que podeis hacer.

Habláis, amigo mío, sin conocimiento de causa. ¿Qué

me acueste en cualquier cama? ¿Creeis que en mi nueva casa sobran las alcobas y las camas? No, querido. Después de haber pensado con mucha madurez en el asunto y leído atentamente la *Fisiología del Matrimonio*, llegué á ponerme de acuerdo con Balzac. Estoy saturado,—digámoslo así—de ciertas ideas del gran doctor en *artes y ciencias conyugales*, como él se titula. Permitidme que os trascriba las que aún están grabados en mi mente.

«El lecho nupcial es un medio de defensa para el marido.»

«Solamente en el lecho puede éste conocer si el amor crece ó mengua, el lecho es el barómetro conyugal.»

«Puede que en Europa, no existan cien maridos, en cada nación, que conozcan bien la ciencia del matrimonio ó de la vida, si se quiere, para vivir en habitación separada de la de su mujer, pero todos, en mayor ó menor grado, vencerán las dificultades de un solo lecho.»

Me había aferrado á esta opinión tan claramente formulada por uno de los más grandes genios de la época, la sola cama que había en mis habitaciones, la ocupaba Paula; debí pues resignarme, mal de mi grado, á echarme, vestido como estaba, en el sofá de mi despacho.

Creo, amigo mío, que no os causará extrañeza, si os confieso que, á pesar de las fatigas del día, no pude pegar los ojos. Al principio, y en distintas ocasiones, me levanté si es que pueda llamarlo así, pensando, que quizás mi mujer, arrepentida de su rigor hubiese descorrido el cerrojo. ¡Pensamiento vano y trabajo inútil! La puerta seguía tan cerrada como antes. Después de cada una de estas infructuosas tentativas, me echaba de nuevo sobre el sofá, y el sueño no acudía. No porque exagerase la situación, pero no pude por menos de preocuparme buscando las causas de la conducta, cuando menos original, de mi querida Paula.

—El cerrojo—me dije—puede que se haya corrido al empujar yo la puerta. Pero no... me hubieran al menos

respondido cuando llamé. Fatigada, emocionada, sin duda, ha querido quedarse á solas esta primera noche. Si es esto; tiene muy poca confianza en la delicadeza de mis sentimientos; la hubiera comprendido con media palabra y retirádome...; solamente que la hubiera pedido un colchón pues tiene tres, mientras que yo...—Desde luego comprenderéis cuales son los comentarios que yo pude hacer durante mi larga velada y os agradeceré que os los calléis.

Hacia las ocho de la mañana, cuando oí que en casa empezaban los criados á andar de un lado para otro, tomé el partido de abandonar el virginal sofá, en el que no me hubiese gustado en manera alguna ser sorprendido conmigo mismo, y pasé al tocador para reparar un tanto los estragos del insomnio. Momentos después llamé á la doncella y, afectando salir de la alcoba nupcial, y hablarla en nombre de mi mujer, la dí algunas órdenes.

En el comedor, á la hora del almuerzo, me reuní con la señorita Giraud.

No os extrañará que la siga dando el apellido y tratamiento de soltera.

Se me acercó sin demostrar apresuramiento ni frialdad y me tendió la mano, del mismo modo que se le tiende á un compañero á quien se tiene placer en volver á ver.

Su tocado matinal, le sentaba muy bien. Jamás la había visto tan fresca, tan encantadora y serena. Con menos no lo habrían estado otras tanto. Habló con talento y alegría, como la que está decidida á animar el hogar, y á él alegría y sonrisas.

Jamás se hubiera dicho que era una recién casada, al verla tan dueña de sus acciones; dando con dulzura sus órdenes á los criados, haciendo sensatas advertencias empuñando ya en sus munos las rtendas de la casa, pero sin afsetación y sin gritar; con soberana gracia mientras que yo escuchaba, veía y admiraba.

Tenía yo demasiado tacto para hacer alusión alguna á

la manera especial como había pasado la noche. Me contenté con dscirla sonriendo:

—¿Sin duda estaríais muy fatigada ayer noche, querida Paula?

—¡Oh, muy fatigada!—me contestó—Pero, he dormido admirablemente y me repuse por completo.

Estas palabras, que parecían encerrar una explicación y una promesa; me satisficieron y acabaron de devolverme mi buen humor.

Hacia las tres de la tarde, anunciaron á la condesa de Blaugy. Entró impetuosamente—según su costumbre,—abrazó á Paula y me dió la mano.

—Ya lo veis—me dijo—no puedo pasar sin mi amiga; necesitais adquirir la costumbre de soportarme.

—Costumbre fácil de adquirir,—respondí yo inclinándome.

—¡Oh!—añadió la condesa—á pesar de vuestra amabilidad, no quiero hacerme ilusiones. Os estorbaré alguna vez que otra; pero estoy decidida á hacerme la desentendida, y me presento indiscretamente, este primer día contra todas las reglas sociales, porque quiero que os acostumbreis á toda prisa, á mi franqueza y á mis inoportunas visitas.

—Siempre seréis bien venida, condesa,—la respondí.

—Enhorabuena! Lo que decís es galante; un marido siempre tiene interés en tratar con miramiento á la amiga íntima de una mujer, ¿no es así?

—Dejemos, señora, á un lado el interés, y no hablemos más que de la satisfacción.

—Esta es una galantería que hace que crezcáis á mis ojos y, tened cuidado, porque llegaréis á adquirir proporciones gigantescas. ¡A propósito! ¿Sois celoso?

—No lo sé aún y creo que eso dependerá...

—¿Tendríais, por ejemplo, celos si viéseis que Paula me confiaba sus secretillos de recién casada del mismo modo que, en otros tiempos, me revelara los de muchacha?

30878

—Hé ahí, condesa, una pregunta que aún no me hice.
—Pues bien, llegó la ocasión de interrogaros. Me marchó con vuestra esposa á su cuarto, cerraremos la puerta y os prevengo que no haremos más que hablar de vos. Si resistís á esta prueba señal es de que sois de buena madera.

—Veamos, si, efectivamente, soy de buena ó mala.

Y, como si no esperara más que este permiso, la señora de Blangy cogió alegremente del talle á Paula, y las dos se alejaron echándose á reír.

Lejos de tener mala voluntad á la condesa porque se llevaba á Paula, me alegré mucho que se celebrase aquella entrevista, que yo había consentido. En algunas ocasiones pueden ser muy útiles á una joven los consejos de una mujer casada, y durante los insomnios de la noche anterior preguntéme más de una vez si Paula necesitaría ó no que la hiciesen algunas advertencias. Os revelare, por último, un detalle de los más prosaicos; estaba rendido de cansancio y celebré tener una ocasión para poder dormir un poco.

Cuando una hora más tarde abrí los ojos vi que las dos amigas, que habían vuelto al salón, hablaban sentadas ante la chimenea. No se apercibieron de que me había despertado, y pude examinarlas con toda detención.

Era realmente seductor el contraste que ambas ofrecían y la belleza de la una hacía resaltar la de la otra, completándose, por así decirlo, porque, al lado de los ojos azules y del cabello rubio de la condesa de Blangy, tenían más brillo los negros ojazos de Paula; la naciente obesidad de la primera contribuía á que pareciese más delicado y esbelto el talle de la segunda. Tenían ambas verdadero encanto y alcanzaban la perfección más completa.

Creo, además, que nunca me parecieron, ni estuvieron, más hermosas que en aquel momento, en que en sus rostros se traslucía la dicha, y su tez, coloreada, sin duda, por el calor de la chimenea, estaba más encendida que una

hora antes y en el momento en que abandonarían el salón para irse al dormitorio á cambiar sus impresiones y confidencias.

Al hacer yo un ligero movimiento volvióse la condesa de Blangy, y me dijo:

—Supongo que, al menos, habréis dormido bien.

—Pero,...—empecé á decir un tanto confuso.

—Vamos, confesadlo, que por eso, no os tendremos ojoriza, sino todo lo contrario, pues así pudimos hablar con entera libertad;—añadió sonriendo y mirando á Paula.—Ahora os dejo solos, porque no quiero que me maldigáis; pero volveré muy pronto.

Nadie se presentó aquella noche para interrumpir mis conversaciones con Paula, que se mostró tan amable como por la mañana durante el almuerzo, hablándome de mil cosas y desflorando mil asuntos con un talento y un criterio tan acertado, que me produjeron verdadero asombro;

Habíame figurado casarme con una joven á la que tendría necesidad de desasnar, y me encontraba frente á frente de una mujer hecha y derecha, de talento, mordaz, pronta á la réplica, con sus ribetes de filosofa y tal vez con una imaginación un tanto licenciosa.

—Pero, decidme, amiga mía, ¿en dónde aprendisteis todo eso?—la pregunté.

—No aprendí nada,—me respondió sonriendo;—lo adiviné todo.

—Es necesario que estéis dotada de una gran imaginación.

—¡Oh! Sí, tengo bastante, quizás demasiada por desgracia mía y quizás por la vuestra.

—Cuando la imaginación está bien dirigida es fortuna y no desgracia.

—Sí, más es preciso que esté bien dirigida,—replicóme Paula suspirando.

—¿Cómo es,—pregunté,—que no desplegasteis antes todas esas deliciosas cualidades?

—Porque no soy coqueta,—me respondió.—Os aconsejé que no os casáseis conmigo y no debía hacer nada que me realizase á vuestros ojos. No me escuchásteis, afrontásteis el peligro. La desgracia es irreparable é intento desplegar mis encantos, como decís, con objeto de hacerme agradable, al menos,... espiritualmente.

No fijé en aquellos momentos en la última palabra pronunciada ladinamente y con marcada intención. Toda la conversación debía haber, empero, llamádome la atención y hacerme meditar, pero id á meditar á las diez de la noche, al día de vuestro casamiento, y al lado de una mujer tan hermosa como la señorita Paula, y sobre todo, cuando el matrimonio aún estaba por consumar.

Al poco rato dejé de fijarme en lo que me decía, y no me ocupé más que de contemplarla y admirarla, hasta que de pronto, y perdiendo por completo la cabeza, la estreché entre mis brazos.

Se desasíó con mucha dulzura y calma, sonrióme con su más agradable sonrisa, llamó á su doncella y abandonó el salón.

Un cuarto de hora más tarde ví salir á la doncella del dormitorio y, á mi vez, me dirigí hacia la bienaventurada puerta que la víspera no había podido franquear y, seguro de que me estaban esperando, me limité á dar la vuelta al pomo.

VII

Y la puerta no cedió.

Como la víspera estaba corrido el cerrojo.

Entonces, llamé y nadie me respondió.

Repetí con impaciencia y obtuve el mismo resultado.

Hablé, grité, supliqué, mas todo fué completamente inútil.

Védme pues, querido amigo, pidiendo como una gracia que se me permitiese entrar en mi cuarto. Por que era mío, sin duda, pues no tenía otro, é independientemente de mi amor, era de justicia que yo pudiese dormir, en fin, en una verdadera cama.

Mis nervios estaban de tal modo excitados, que, contra mi caracter generalmente calmoso y frío, estuve á punto de enfurecerme y golpear de tal modo la puerta, que no tuviesen más recurso que abrirla.

Me contuvo el miedo al ridículo; no quería enterar á los criados de mis infortunios conyugales. Me limité á apoyar silenciosamente el cuerpo sobre la puerta con todas mis fuerzas con la esperanza de que cedería.

Trabajo inútil; ni siquiera percibí el más ligero rechinar; la obra de carpintería de mi casa era de excelente calidad y construcción, dicho sea en honor del casero.

¿Qué añadiré? Pasé esta segunda noche como la primera, excepción hecha, de que la fatiga venció en la lucha, y de cualquier modo, me dormí.

Me encontré al despertar, más sosegado de lo que hubiera creído, menos irritado con mi mujer y más dispuesto á excusarla. Después de haber reflexionado friamente sobre nuestro diálogo de la víspera, y, á pesar de ciertos detalles que me chocaran, creí, en conclusión, poder afirmar, que Paula, en lugar de ser una niña ingenua, ignorante de sus deberes, tenía, al contrario, ideas muy definidas acerca del matrimonio y pensaba, sin duda, que un marido debe tomarse el trabajo de conquistar á su mujer, y que era una prueba de delicadeza el que pareciese que aquél olvidaba sus derechos. En interés de nuestro amor, querría hacerse desear y entregásemme como amante antes de entregarse como esposa. Pareciéndola, en una palabra, algo injusto é ilógico el exigir que, en un día fijo, al salir del registro civil, una doncella, se eche en brazos de un